

1. LA INVESTIGACIÓN DEL PRIMER ARTE EN BIZKAIA: DESDE BARANDIARAN HASTA LA ACTUALIDAD.

El Territorio Histórico de Bizkaia contiene dos monumentos declarados Patrimonio Mundial de la Humanidad por la UNESCO: el puente Bizkaia y la cueva de Santimamiñe. Ambos son en la actualidad dos iconos que, de alguna manera, son un referente para los ciudadanos. En el segundo caso se trata de un reconocimiento compartido con otra docena y media de cavidades de la cornisa cantábrica, donde se conserva posiblemente la densidad más alta de cuevas decoradas paleolíticas a nivel mundial.

En el caso de Bizkaia, el desarrollo de la investigación y las propias características de ese primer arte, solamente se pueden comprender en un contexto más amplio. De hecho, el estudio de la Prehistoria en el País Vasco ha sido tradicionalmente tratado de manera unitaria, fundamentalmente en base a los trabajos desarrollados por J.M. de Barandiaran durante prácticamente todo el siglo XX. Esa unidad espacial de análisis establecida por dicho investigador sigue siendo un marco de análisis vigente y válido. Nos referimos al área delimitada al Norte por el cauce del río Adour, al Oeste con el valle del río Nervión, al Sur con la divisoria de aguas entre la cuenca atlántica y la mediterránea, y al Este con los Pirineos centrales. Es un territorio relativamente bien comunicado con las regiones limítrofes constituyendo una suerte de zona de tránsito o corredor entre el continente y la Península, y entre el Valle del Ebro

y la Cornisa Cantábrica, para gentes e ideas durante todos los periodos históricos (Arrizabalaga 2007). Esta zona de paso también está constituida por una cierta unidad en paisajes: abrupto y escarpado en los valles atlánticos y en el prepirineo, y algunas zonas de planicies onduladas en determinados puntos de la zona costera, especialmente al Sur del Adour y en la vertiente mediterránea. Los puntos de acceso entre estas áreas están caracterizados por pasos de montaña de pequeño calado que permitieron un tránsito fluido incluso durante las épocas de mayor rigurosidad climática.

La presencia de humanos anatómicamente modernos en dicho territorio está atestiguada desde el Protoauriñaciense en yacimientos como Gatzarria, Isturitz y Labeko Koba, prolongándose durante todo el Paleolítico Superior. En el Auriñaciense destacan las ocupaciones de Gatzarria e Isturitz que son especialmente intensas y presentan un registro muy variado. El Gravetiense, de implantación temprana, es fundamentalmente noaillense y se encuentra bien representado en yacimientos como Isturitz, Aitzbitarte III, Antoliña y Bolinkoba, destacando también la presencia de ocupaciones al aire libre. El registro Solutrense está mucho más sesgado, centrándose en el periodo final en yacimientos como Antoliña, Arlanpe o Amalda. Por último, esta zona es muy rica en yacimientos del



Figura 1. Cuevas con arte parietal paleolítico en el País Vasco (en negro las cuevas magdalenienenses; en rojo las cuevas premagdalenienenses; símbolo negro descubiertas en el siglo XX; símbolo blanco descubiertas en el siglo XXI).

periodo Magdaleniense, con una presencia más intensa en yacimientos como Ekain, Urtiaga, Santimamiñe y destacando especialmente Isturitz. En los momentos iniciales destaca el área peninsular (Erralla, Bolinkoba, Urtiaga, Ermitia, etc.) mientras que el Magdaleniense medio está mejor representado en la vertiente pirenaica (Isturitz, Brassempouy, Espalungue, Saint-Michel, etc.). Durante el final del periodo los asentamientos aumentan considerablemente en todo el territorio. En definitiva, el área se caracteriza por la existencia de un poblamiento continuo durante todos los periodos del Paleolítico Superior a excepción de las fases iniciales del Solutrense y especialmente denso durante el Tardiglaciario (Garate et al. 2014).

En materia de actividad gráfica, hasta hace una década se caracterizaba por dos cuestiones. Por un lado, en contraposición con una considerable densidad de yacimientos de habitación del Paleolítico Superior, los conjuntos parietales eran sorprendentemente escasos. Este hecho resulta más llamativo si consideramos el carácter de zona de tránsito –casi– obligada entre algunas de las regiones más ricas en arte parietal paleolítico: entre los Pirineos y la Dordoña, de una parte, y la Región Cantábrica, de la otra. Por otro lado, la distribución de los yacimientos a lo largo del Paleolítico Superior no era homogénea debido a un vacío casi completo hasta la época magdaleniense, momento en el cual se decoraban grandes santuarios *ex novo*.

Por tanto, tradicionalmente se ha transmitido la idea de una baja densidad de cuevas decoradas en el territorio vasco, en comparación con lo conocido en el Cantábrico central y Pirineos centrales y orientales pero sobre todo, en contraposición con la densidad relativamente alta del poblamiento en la zona en las distintas fases del Paleolítico Superior.

El descubrimiento y estudio de las cuevas paleolíticas decoradas del País Vasco se diferencia de los territorios limítrofes principalmente por la escasa participación de los investigadores internacionales en favor de los especialistas locales y, muy especialmente de J.M. de Barandiaran quien desarrolló su labor de manera constante desde el descubrimiento del arte parietal de la cueva de Santimamiñe en 1916 hasta el de la cueva de Ekain, más de medio siglo después.

Tras el reconocimiento oficial del arte parietal paleolítico por parte de la comunidad científica –se considera como tal la aceptación de la autenticidad paleolítica del arte de la cueva de Altamira y otros conjuntos franceses en el Congreso de la *Association Française pour l'Avancement des Sciences* celebrado en 1902–, se produjo un aumento vertiginoso de los descubrimientos durante toda la primera década del siglo XX, principalmente en la región cantábrica. Dicho proceso fue encabezado por investigadores extranjeros, principalmente H. Breuil y H. Obermaier en colaboración con otros locales como L. Sierra y H. Alcalde del Río, cuya obra culminante *Les cavernes de la région cantabrique*, recoge las cavidades decoradas descubiertas en la cornisa cantábrica hasta 1911.

Sin embargo su influencia en el País Vasco se vio limitada a la cueva de Venta Laperra (Karrantza, Bizkaia), que se recoge en dicha obra y cuyos grabados fueron descubiertos por L. Sierra en 1904, siendo así la primera del territorio en conocerse (Alcalde del Río et al. 1911). La cueva será posteriormente excavada por el propio J.M. de Barandiaran en 1931 y su arte revisado por distintos investigadores (Beltrán 1971; Fernández Ibañez 1978; Ruiz Idarraga y

Apellaniz 1998/99; Gorrotxategi 2000; García Díez y Eguizabal 2008; Garate 2008) y objeto de dataciones indirectas por termoluminiscencia (Arias et al. 1998/99).

En las estribaciones pirenaicas –en el extremo opuesto del territorio–, durante la primera campaña de excavación arqueológica de la cueva de Isturitz (Arberua, Benafarroa) desarrollada en 1913 por E. Passemard, se dejan al descubierto una serie de bajorrelieves de animales grabados sobre un pilar de calcita en el centro de la Grande Salle. Ese mismo pilar sería reestudiado por I. Barandiaran y L. Laplace (1984), modificando considerablemente la lectura inicial. Prácticamente un siglo después del descubrimiento, se retoman los estudios de arte parietal en la cueva, primero con la detección fortuita de manchas rojas y objetos insertados en las paredes (Normand y Turc 2006; Labarge 2011) y después, en el marco de un reestudio integral del arte parietal de la cavidad (Garate et al. 2013; Garate et al. 2016).

Pocos años después, en 1916, un grupo de niños localiza las pinturas de la cueva de Santimamiñe (Kortezubi, Bizkaia) en la cuenca del río Oka, causando un gran impacto en la sociedad de la época (Arribas 2006). La excavación del yacimiento y el estudio del arte parietal lo desarrolló un equipo encabezado por T. Aranzadi, J.M. de Barandiaran y E. Eguren (1925) auténticos pioneros de la investigación científica de la prehistoria vasca. De manera casi paralela, A. Alcalá Galiano y F. de la Cuadra Salcedo (1918) llevaron a cabo otro estudio sobre el arte rupestre de la cueva que ha quedado a la sombra del anterior. La monografía de los tres ilustres investigadores permanecerá vigente y actualizada por el propio J.M. de Barandiaran (1976), al margen de algunos hallazgos puntuales y obras divulgativas (Goicoechea 1966; Nolte 1968; Fernández García de Diego 1971; Apellaniz 1971) hasta momentos recientes en los que la cavidad ha sido revisada en profundidad (Gorrotxategi 2000; González Sainz 2009; González Sainz y Ruiz Idarraga 2010).

En 1930 es el espeleólogo francés N. Casteret (1933) quien descubre el pequeño conjunto de grabados parietales de la cueva de Alkerdi (Urdazubi, Nafarroa) en los montes pre-pirenaicos, aunque no será objeto de un estudio minucioso hasta varias décadas después, por parte de I. Barandiaran Maestu (1974). Recientemente, en una galería lateral se ha localizado un numeroso conjunto de grabados, fundamentalmente bisontes y caballos, que ofrecen una visión muy distinta de la cavidad (Garate y Rivero 2015).

La primera valoración de conjunto sobre el primer arte vasco data de 1934, como parte de la obra *El hombre primitivo en el País Vasco* de J.M. de Barandiaran, ampliado poco después ya de manera más específica (1935), y con dos anticipos para el arte mueble (Aranzadi y Barandiaran 1927, 1934). Por un lado cabe resaltar el papel geoestratégico que otorga al territorio, idea totalmente actual como hemos visto al inicio del texto y, por otro lado, citando a H. Obermaier, insiste en la magia simpática como interpretación del fenómeno y la enlaza con la mitología vasca (Mari) como apoyo de la continuidad poblacional vasca desde el Paleolítico hasta la actualidad.

El propio J.M. de Barandiaran localiza un caballo grabado en la cueva de Uriogaina (Sara, Lapurdi) en 1940 (1946) cuyo calco será publicado por el Abbé Glory (1964) con quien excavó el yacimiento arqueológico de la cavidad, con niveles mesolíticos como los más antiguos. Tras una revisión realizada por D. Garate en 2010, con-

cluimos que el surco del grabado y el propio estilo de la grafía no se corresponden con la época paleolítica.

En definitiva, durante el primer medio siglo de investigación del arte parietal paleolítico en Europa, la aportación del territorio vasco es más bien escasa como queda reflejado en la primera obra que abarca todo el arte parietal paleolítico publicada por H. Breuil en 1952 y titulada *Quatre cents siècles d'art pariétal*, en la que Santimamiñe ejerce de nexo de dos regiones artísticas –cantábrico y pirineos– distanciadas por un vacío casi absoluto, correspondiente al área geográfica que tratamos.

De todas maneras, prácticamente al mismo tiempo que dicha obra salía a la luz, el espeleólogo P. Boucher descubría en 1950 las pinturas de las cuevas de Etxeberri (Gamere-Zihiga, Zuberoa) y Sasiziloaga (Altzürükü, Zuberoa) en el macizo de Arbaila, estudiadas inmediatamente por G. Laplace (1952) y recientemente revisadas (Garate 2012, 2012; Garate y Bourrillon 2009, 2011; Garate et al. 2012). Poco después, en 1955, en el piso medio del sistema cárstico de la colina de Gaztelu, se daban a conocer las pinturas y grabados situados al fondo de la cueva de Oxocelhaya (Arberua, Benafarroa) aunque su estudio se postergó varios años (Laplace 1960; Larribau 1982, 2012; Labarge 2003, 2011) y actualmente está siendo reestudiada junto a la cueva de Isturitz. Tanto en las cavidades de macizo de Arbaila como en la de la colina de Gaztelu, J.M. de Barandiaran ejercerá como especialista para otorgar validez a los hallazgos.

En este momento, el insigne prehistoriador pronunciará una reflexión sobre el estado del conocimiento del arte parietal vasco y de sus perspectivas en la Asamblea Regional de Espeleólogos celebrada en Karrantza en 1958 de la mano del Grupo Espeleológico Vizcaíno (Barandiaran 1959).

Durante el inicio de la segunda mitad del siglo XX se reactivan los descubrimientos de arte parietal paleolítico con aportaciones trascendentales como las cuevas decoradas de Altxerri y Ekain, hasta configurar el mapa artístico parietal conocido por J.M. de Barandiaran.

En la cueva de Atxuri (Mañaria, Bizkaia), durante la campaña de excavación de 1960 dirigida por J.M. de Barandiaran, se localizaron algunos trazos rojos desvaídos (Fernández García de Diego 1971) que nunca pudieron ser verificados ni estudiados por la destrucción de la cavidad debido a la actividad de una cantera próxima. La secuencia estratigráfica, muy alterada, tampoco facilita la asignación cultural de las posibles pinturas parietales. Dos años después, durante la excavación de la cueva de Goikolau (Berriatua, Bizkaia), el propio J.M. de Barandiaran localiza una serie de grabados atribuidos en una parte al Paleolítico y en otra a la Edad del Hierro (1964). Aunque estudios posteriores (Apellaniz 1982; Basas 2000/02) han descartado su asignación paleolítica, la revisión actual de conjunto a cargo de J.C. López Quintana parece confirmarla.

Los grabados y pinturas de la cueva de Altxerri (Aia, Gipuzkoa) fueron descubiertos por tres espeleólogos de la Sociedad de Ciencias Aranzadi en 1962 e inmediatamente estudiados por J.M. de Barandiaran (1964). Por la cantidad de representaciones y la amplia variedad temática, se trataba del hallazgo más significativo desde Santimamiñe, hasta aquel momento. Con posterioridad se han publicado algunas reinterpretaciones (Beltrán 1966; González Sierra 1993) y figuras inéditas (Altuna 1996). El conjunto en su totalidad ha sido estudiado de nuevo en dos ocasiones (Altuna y

Apellaniz 1976; Ruiz Redondo 2014). En lo que respecta a la galería superior o Altxerri B, su descubrimiento se produce poco después del de la galería intermedia, por parte de F. Fernández García de Diego (1966) y el panel principal es revisado en ocasiones posteriores (Altuna 1966; Altuna y Mariezkurrena 2010). Un nuevo estudio integral (González Sainz et al. 2013; Ruiz Redondo et al. 2015) ha permitido localizar la entrada original, independiente de la galería inferior, así como identificar nuevos motivos pintados y afinar su cronología.

En este momento se publica la primera evaluación específica del arte parietal paleolítico del País Vasco por I. Barandiaran Maestu (1966, 1966), incluyéndose unos posibles grabados en la cueva del Polvorín (Karrantza, Bizkaia) cuya cronología paleolítica será desechada.

Poco después, en 1969 se localizan las pinturas y grabados de la cueva de Ekain (Zestoa, Gipuzkoa) por dos miembros del Grupo Antxieta de Azpeitia, y es de nuevo, J.M. de Barandiaran quien dirige su estudio (Barandiaran y Altuna 1969). El hallazgo de dos cavidades decoradas de tamaño inusualmente grande, y no menor espectacularidad, se produce de manera simultánea al de otros no menos importantes como Tito Bustillo, con el que Ekain guarda una especial vinculación estilística a través de los caballos bícromos. Estos caballos pintados serán objeto de un estudio específico posterior (Barandiaran Maestu 1974) y la totalidad de la cueva será reestudiada por J. Altuna y J.M. Apellaniz (1978). En época más reciente se han incluido algunas figuras inéditas (Cacho et al. 1999; Altuna y Mariezkurrena 2008; Fano et al. 2011) y un análisis de la materia pictórica (Chalmin et al. 2002).

El pequeño conjunto de pinturas de la cueva de Sinhiokole (Gamere-Zihiga, Zuberoa) es localizado por un grupo de tres espeleólogos de la Société Spéléologique et Préhistorique de Bordeaux en 1971 y tres años después son objeto de una breve publicación por parte de M.R. Séronie-Vivien (1974). Como las restantes cuevas del macizo de Arbaila será revisada entre 2007 y 2010 (Garate y Bourrillon 2009).

Las pinturas de la cueva de Arenaza I (Galdames, Bizkaia) son descubiertas en 1973 por la familia Gorrochategui y estudiadas posteriormente por J.M. Apellaniz (1982), director de la excavación de su yacimiento arqueológico. El conjunto ha sido objeto de hallazgos puntuales (Garate 1998/99, 2004) y revisiones de conjunto (Gorrotxategi 2000; Garate et al. 2000/02; Garate 2008), así como de analíticas específicas sobre la composición de los colorantes (Garate et al. 2004).

Por último, en el piso inferior cárstico de la colina de Gaztelu, todavía activo, se produce en 1975 el descubrimiento de los grabados y pinturas de la cueva de Erberua (Arberua, Benafarroa) por parte del espeleólogo J.D. Larribau. Su estudio no comienza hasta varios años después (Larribau y Prudhomme 1983, 1989) debido a las dificultades de su acceso a través de un sifón del río que permite acceder a las galerías no inundadas. Recientemente ha sido objeto de una publicación monográfica a partir de los trabajos de campo desarrollados durante los años 70 y 80 del siglo XX (Larribau 2013).

En definitiva, entre 1950 y 1975 se produce una cantidad considerable de hallazgos siendo, algunos de ellos como Altxerri, Ekain y Erberua, de especial relevancia a nivel de la globalidad del arte parietal paleolítico europeo.

Durante el cuarto de siglo restante no se producirá ningún hallazgo en este sentido. Las principales aportaciones se limitarán a síntesis generales, más o menos prolijas, sobre el arte parietal paleolítico vasco (Barandiaran Maestu 1988; Apellaniz 1989, 1990; Altuna 1994) y a la línea de investigación de la determinación de autores, aplicada por J.M. Apellaniz a algunos conjuntos parietales del territorio (1980, 1982). Sin embargo, no se puede pasar por alto el *affaire* Zubialde y las consecuencias derivadas para el estudio del arte parietal (Altuna *et al.* 1992; Apellaniz 1995, 2003; Barandiaran Maestu 1995).

Descubrimiento	Cueva	Territorio
1904	Venta Laperra	Karrantza, Bizkaia
1913	Isturitz	Arberua, Benafarroa
1916	Santimamiñe	Kortezubi, Bizkaia
1930	Alkerdi	Urdazubi, Nafarroa
1950	Etxeberri	Gamere-Zihiga, Zuberoa
1950	Sasiziloaga	Altzürükü, Zuberoa
1955	Oxocelhaya-Hariztoya	Arberua, Benafarroa
1960	Atxuri I	Mañaria, Bizkaia
1962	Goikolau	Berriatua, Bizkaia
1962	Altxerri	Aia, Gipuzkoa
1969	Ekain	Zestoa, Gipuzkoa
1971	Sinhikole	Gamere-Zihiga, Zuberoa
1973	Arenaza I	Galdames, Bizkaia
1975	Erberua	Arberua, Benafarroa

Tabla I. Cavidades decoradas descubiertas en el País Vasco durante el siglo XX.

Habrà que esperar hasta 2001, una década después del fallecimiento de J.M. de Barandiaran, para que se reactive el hallazgo de cavidades decoradas en el País Vasco. En un primer momento se producen de manera fortuita en el marco de nuevos proyectos de excavación de yacimientos en cueva y, posteriormente, a partir de 2011, como consecuencia de proyectos de prospección enfocados expresamente a su descubrimiento.

Durante el proceso de excavación de la cueva de Antoliña (Gautegiz-Arteaga, Bizkaia) por parte de M. Aguirre, se localiza sobre el techo al fondo de la galería norte un punto rojo, posiblemente digital, en el curso de la campaña de 2001 (2002).

Esa misma situación se produjo poco tiempo después, primero en el transcurso de la excavación de la cueva de Praile Aitz (Deba, Gipuzkoa) dirigida por X. Peñalver (Peñalver 2007; García Díez *et al.* 2012) donde se identificó una serie de manchas rojas en 2006, y tres años después en el de la cueva de Astigarraga, dirigida por J.A. Mujika, donde se localizaron trazos pareados rojos y huesos hincados en la pared (Alberdi *et al.* 2010; García Díez *et al.* 2011).

De manera simultánea, pero en el marco de un proyecto de prospección arqueológica del poblamiento prehistórico de la cuenca del río Asón dirigido por Jesús Ruiz Cobo, se descubren en 2004 los grabados de las cuevas de El Rincón y El Polvorín (Karrantza, Bizkaia) (Montes *et al.* 2005), situadas junto a Venta Laperra y visitadas desde que se descubriera el arte parietal en ésta, un siglo atrás.

En la última década se produce un repunte de los hallazgos como consecuencia de la puesta en marcha de proyectos específicos de prospección parietal, primero por arqueólogos y posteriormente también por espeleólogos. Dichos proyectos vienen motivados en buena medida por una necesidad de explicar la escasa presencia de cuevas decoradas en comparación con territorios limítrofes (Cantabria y Asturias). De esta manera y fruto de la prospección sistemática, entre 2011 y 2017 se descubren ocho nuevos conjuntos decorados en Bizkaia y Gipuzkoa, tanto en cuevas ya estudiadas y excavadas previamente como en cuevas no valoradas arqueológicamente hasta el momento.

En 2011 se localiza en la cueva de Askondo (Mañaria, Bizkaia) una serie de caballos pintados en rojo y un hueso hincado en la pared (Garate y Rios-Garaizar 2011, 2012, 2013). La cavidad, intervenida arqueológicamente desde inicios del siglo XX, figuraba como yacimiento destruido en la Carta Arqueológica de Vizcaya (Marcos 1982).

Un año después, en 2012, se descubre una serie de pinturas rojas en un gran bloque desprendido del techo –incluyendo dos bisontes y un caballo– en la cueva de Lumentxa (Lekeitio, Bizkaia) (Garate y Rios-Garaizar 2012, 2013), uno de los yacimientos más conocidos del territorio y objeto de múltiples excavaciones a inicios, mediados y finales del siglo XX.

Ese mismo año y en el marco de esas mismas labores sistemáticas de prospección dirigidas por D. Garate, se localizan manchas de color rojo en el interior de la cueva de Aitzbitarte IV (Errenteria, Gipuzkoa), acaso una de ellas resto de una representación zoomorfa perdida (Garate *et al.* 2013). Recientemente, en 2015, espeleólogos del Felix Ugarte Elkartea han añadido dos nuevos puntos con pequeñas manchas rojas al fondo de la cavidad.

La participación de los espeleólogos en la prospección y localización del arte parietal paleolítico, aunque no sea tema novedoso –cabe recordar especialmente los hallazgos protagonizados en Ekain y Altxerri–, se verá incrementada en los últimos años con nuevos ejemplos que se intercalan con los protagonizados por los propios arqueólogos.

En 2014 son los espeleólogos del grupo A.D.E.S. de Gernika-Lumo los que identifican una serie de pinturas rojas en la cueva de Morgota (Kortezubi, Bizkaia). La cavidad, aunque conocida (López Quintana 1985/86) permanecía pendiente de una valoración en profundidad. Asociado a panel principal con tres figuraciones animales y una docena de manchas y puntos, se ha podido excavar un yacimiento con un nivel de procesado de ocre (Garate *et al.* 2015).

Ese mismo año, cerca de la anterior y también miembros del grupo A.D.E.S., reconocen algunas manchas rojas en la cueva de Ondaro (Nabarniz, Bizkaia), sobre una repisa y con una estratigrafía arqueológica a pie del panel (Garate *et al.* 2015). La cavidad, fue ya sondeada por J.M. de Barandiaran en 1921 pero sin apenas aportar información al respecto (Aranzadi *et al.* 1925).

También en 2014, el Antxieta Arkeologia Taldea localiza una serie de pinturas muy desvaídas en la cueva de Danbolinzulo (Zestoa, Gipuzkoa) donde ya se conocía la existencia de un yacimiento arqueológico desde 1980. Situadas cerca de la entrada y actualmente en estudio, representan ciervas y cabras pintadas en rojo combinando trazos lineales y punteados (Abaunza *et al.* 2016).

Unos días después, ya a inicios de 2015, se presentan los grabados localizados también por el Antxieta Taldea en la cueva de Erlaitz (Zestoa, Gipuzkoa) con cerca de una decena de figuras grabadas (caballos, ciervas y uros). Actualmente en proceso de estudio, su yacimiento arqueológico era conocido desde 1978 (Iriarte *et al.* 2015).

Ese año será especialmente prolijo en cuanto al descubrimiento de cuevas decoradas. En el marco de las prospecciones sistemáticas en la cuenca del río Lea, se localiza en la cueva de Abittaga (Amoroto, Bizkaia) una serie de manchas rojas en el vestíbulo (Garate *et al.* 2015). La cavidad había sido objeto de excavaciones por parte de J.M. de Barandiaran -en 1965 y 1966- y J.M. Apellaniz -en 1970-.

La labor combinada de arqueólogos y espeleólogos permitirá a D. Garate acompañado de J. Rios-Garaizar y cuatro miembros del grupo espeleológico Felix Ugarte Elkartea (Javier Busselo, Giorgio Studer, Sabino Orbegoza e Imanol Errazkin) descubrir en la cueva de Aitzbitarte V, un nuevo conjunto parietal compuesto por varios bisontes grabados de "estilo pirenaico", característicos del Magdaleniense medio. Días después, los espeleólogos Javier Busselo y Giorgio Studer, del grupo Felix Ugarte Elkartea, comunican el hallazgo en Aitzbitarte III y IX (Erreterria, Gipuzkoa) de grabados de animales de estilo gravetiense perfectamente paralelizables con el arte mueble de Isturitz y Gargas y los conjuntos parietales de Cussac, Cosquer, Roucadour o Gargas, e inexistentes hasta el momento en la cornisa cantábrica (Garate *et al.* 2016a).

De manera simultánea, durante la II campaña de excavación arqueológica de la cueva de Atxurra (Berriatua, Bizkaia) dirigida por D. Garate, él mismo junto al espeleólogo Iñaki Intxaurbe, descubren un conjunto excepcional con aproximadamente un centenar de grabados y pinturas magdalenienses en una docena de repisas del sector final de la cavidad (Garate *et al.* 2016b).

En 2016, un siglo después del descubrimiento de Santimamiñe, el proceso de prospección y localización de conjuntos parietales paleolíticos sigue vigente. Al modesto pero valioso hallazgo de Astuigaña (Zestoa, Gipuzkoa) por Antxieta Taldea, debemos incluir Alkerdi 2 (Urdazubi, Nafarroa) por un equipo de Aranzadi Zientzia Elkartea formado por J. Tapia y D. Garate junto a los espeleólogos de Satorrak, A. Hermoso de Mendoza y J. Legarrea (Garate *et al.* 2017). En la cueva de Armintxe (Lekeitio, Bizkaia), los espeleólogos del grupo A.D.E.S., localizan un conjunto de grabados magdalenienses únicos en el cantábrico, con temas, convenciones y signos propios del arte más pirenaico (González Sainz y López Quintana 2018). También en 2016, I. Intxaurbe descubre una serie de motivos rojos cerca de la boca "Erdikoate" en la cueva de Baltzola (Dima, Bizkaia) (Intxaurbe *et al.* 2018).

En 2017, el equipo de Antxieta Taldea encontrará un modesto conjunto de grabados magdalenienses en la cueva de Arbil V (Deba, Gipuzkoa) y los espeleólogos del grupo Felix Ugarte Elkartea, de nuevo en la cueva de Aitzbitarte IV (Erreterria, Gipuzkoa), accederán a un piso superior con una quincena de representaciones entre las que destacan una serie de figuras animales modeladas en arcilla en un estado de conservación excepcional (Garate *et al.* 2018).

El último descubrimiento se produce en 2018, cuando el grupo Antxieta descubre restos de arte parietal muy deteriorados (pintura

roja punteada premagdaleniense) en la cueva de Agarre (Mendaro, Gipuzkoa).

Como consecuencia de la profunda reactivación de los descubrimientos de arte parietal en la primera década del siglo XXI, se proponen nuevas síntesis (Garate 2009; Altuna y Mariezkurrena 2014) y visiones de conjunto con respecto a un marco geográfico más amplio (Garate *et al.* 2014, 2014, 2015; Ochoa y García Díez 2014).

Descubrimiento	Cueva	Territorio
2001	Antoliña	Gautegiz Arteaga, Bizkaia
2004	Rincón	Karrantza, Bizkaia
2004	Polvorín	Karrantza, Bizkaia
2006	Praile Aitz	Deba, Gipuzkoa
2009	Astigarraga	Deba, Gipuzkoa
2011	Askondo	Mañaria, Bizkaia
2012	Lumentxa	Lekeitio, Bizkaia
2012	Aitzbitarte IV	Erreterria, Gipuzkoa
2014	Morgota	Kortezubi, Bizkaia
2014	Ondaro	Nabarniz, Bizkaia
2014	Danbolinzulo	Zestoa, Gipuzkoa
2015	Erlaitz	Zestoa, Gipuzkoa
2015	Abittaga	Amoroto, Bizkaia
2015	Aitzbitarte V	Erreterria, Gipuzkoa
2015	Atxurra	Berriatua, Bizkaia
2015	Aitzbitarte III	Erreterria, Gipuzkoa
2015	Aitzbitarte IX	Erreterria, Gipuzkoa
2016	Astuigaña	Zestoa, Gipuzkoa
2016	Alkerdi 2	Urdazubi, Nafarroa
2016	Armintxe	Lekeitio, Bizkaia
2016	Baltzola	Dima, Bizkaia
2017	Arbil V	Deba, Gipuzkoa
2018	Agarre	Mendaro, Gipuzkoa

Tabla II. Cavidades decoradas descubiertas en el País Vasco durante el siglo XXI.

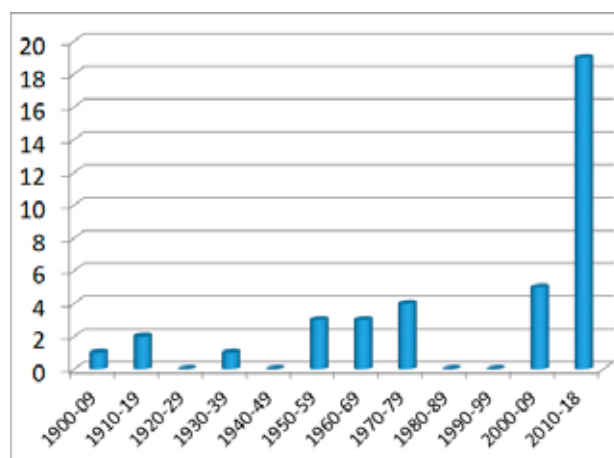


Figura 2. Evolución por décadas del hallazgo de cuevas decoradas en el País Vasco.

Actualmente, el registro arqueológico vasco nos ofrece una realidad muy distinta a la que conoció J.M. de Barandiaran en el último cuarto del siglo XX en lo referente al arte parietal paleolítico. El avance producido es muy significativo y es que entre 2001 y 2018, se han localizado 23 nuevos conjuntos parietales, mientras que durante todo el siglo XX se reducen a 14. Además, algunos de los hallazgos como Atxurra, Aitzbitarte IV o Armintxe se enmarcan en lo que se suele denominar como los “grandes santuarios vascos” junto a Santimamiñe, Ekain, Altxerri y Erberua.

La puesta en marcha de proyectos específicos para la localización y estudio de este tipo de evidencias arqueológicas ha permitido casi triplicar la cantidad de cuevas decoradas conocidas en el territorio vasco y, en consecuencia, matizar y reevaluar los planteamientos en torno a su origen y desarrollo. En este proceso han tenido especial protagonismo los trabajos de prospección desarrollados tanto por arqueólogos (equipos dirigidos principalmente por D. Garate y Antxieta Elkartea) como por espeleólogos (grupos A.D.E.S., F.U.E. y Satorrak, fundamentalmente).